

¿Qué puede decir el psicoanálisis sobre la ética frente al fascismo?



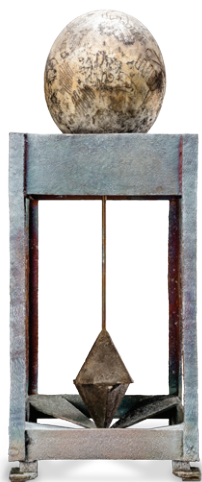
CRISTIAN JESÚS PALMA FLORIÁN*

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), Buenos Aires, Argentina

¿Qué puede decir el psicoanálisis sobre la ética frente al fascismo?

What Can Psychoanalysis Say about Ethics in view of Fascism?

Que peut dire la psychanalyse sur l'éthique face au fascisme?



Comprender el fascismo como construcción histórica permite diferenciarlo de aquellos fenómenos que en la opinión pública, así como en algunos lugares de la academia, son etiquetados con ese nombre; permite asimismo diferenciar sus efectos y expresiones de la lógica que lo instituye en el lazo social. Las sociedades fascistas ponen en juego un goce similar al que se promueve hoy desde el mercado, generando relaciones totalitaristas similares en la subjetividad. Todo esto hace comprensible la emergencia de formas fascistas de relación en la contemporaneidad; de allí que resulte preciso entender cómo circula el goce en la vida de grupo y cuál es la singularidad que instituye el fascismo en la relación con ese goce, como un efecto de la profundización del imperativo categórico de la modernidad.

Palabras clave: fascismo, psicología de las masas, totalitarismo, ideal del yo, superyó, ética.

Understanding fascism as a historical construction makes it possible to distinguish it from those phenomena that both public opinion and certain members of academia label as such; it also enables us to differentiate its effects and expressions from the logic that institutes it in the social fabric. Fascist societies bring into play an enjoyment similar to that currently promoted by the market, thus generating similar totalitarian relations in subjectivity. All of this makes comprehensible the emergence of fascist forms of relation in the contemporary world. For this reason, it is essential to understand how enjoyment circulates in group life and the singular nature imposed by fascism on the relation with that enjoyment, as an effect of the entrenchment of the categorical imperative of modernity.

Keywords: fascism, psychology of the masses, totalitarianism, ego ideal, superego, ethics.

Comprendre le fascisme en tant que construction historique nous permet de le distinguer des phénomènes qui portent aussi ce nom dans l'opinion publique ainsi que dans certains endroits de l'académie. Cela permet aussi de faire la différence entre ses effets et ses expressions d'une part, et d'autre part la logique qui l'installe au lien social. Les sociétés fascistes mettent en œuvre une jouissance semblable à celle qui est promue aujourd'hui par le marché, ce qui engendre des pareils rapports totalitaristes dans la subjectivité. Ça explique l'émergence des formes fascistes de relation dans la contemporanéité. Il est indispensable donc de comprendre comment se répand la jouissance du groupe et quelle est la singularité que le fascisme institue par rapport à cette jouissance, comme un effet de l'approfondissement de l'impératif catégorique de la modernité.

Mots clés: fascisme, psychologie des masses, totalitarisme, idéal du moi, surmoi, éthique.

CÓMO CITAR: Palma Florián, Cristian Jesús. "¿Qué puede decir el psicoanálisis sobre la ética frente al fascismo?". *Desde el Jardín de Freud* 19 (2019): 219-238, doi: 10.15446/djf.n19.76720

* e-mail: altazor3@gmail.com

© Obra plástica: Jim Amaral

La sociedad emergente en el siglo XXI proviene de un mundo en crisis política, económica, ecológica y ética, en el cual se reconfiguran formas de dominación que han aparecido a través de la historia como respuesta al deterioro de las instituciones políticas y culturales; formas de totalitarismo que instalan relaciones particulares de subjetividad basadas en el control y la obediencia. El fascismo es una forma de configuración del orden sociopolítico que reguló el orden mundial de la primera mitad del siglo XX y que emerge ocasionalmente en las sociedades imponiendo distintas expresiones de la violencia tales como la xenofobia, la misoginia, el racismo, el clasismo, el fanatismo, la homofobia, entre otras expresiones. Actualmente asistimos a un nuevo momento de emergencia del fascismo en el mundo, lo cual se puede evidenciar en el aumento de los feminicidios, la violencia contra la población migrante, la conformación de grupos xenofóbicos y homofóbicos, grupos que validan la violencia contra las mujeres, el aumento del fanatismo religioso y la emergencia de células de grupos terroristas, entre muchos otros ejemplos. En este contexto siempre es válido preguntarse si es posible la construcción de un mundo que se oriente con una ética diferente y que construya alternativas de cambio social basadas en el valor de la vida, el respeto de las diferencias, la promoción de la diversidad y el ejercicio de la democracia.



Es preciso comprender qué es el fascismo para identificar no solo sus expresiones sino la lógica discursiva con la que se organiza como proceso sociohistórico de masas, diferenciándolo de otros fenómenos políticos con los que se asocia. Las redes sociales y los medios de comunicación pueden oscurecer la comprensión de estos procesos al etiquetar como ‘fascismo’ fenómenos que no corresponden a esta lógica e invisibilizando y naturalizando expresiones fascistas, por lo tanto, siempre es necesario desde la academia hacer ejercicios de esclarecimiento para situarnos frente al actual momento histórico. Además de configurarse como proceso histórico sociopolítico, la lógica discursiva fascista establece formas específicas de subjetivación e, incluso, y es lo que más interesa para este artículo, implica la operación del inconsciente en formas particulares que establecen una singularidad en el lazo social. Esta singularidad en el lazo social está organizada por el odio en cuanto relación que expresa la ambivalencia

constitutiva del ser humano y la presencia de la pulsión de muerte en la relación con el otro y consigo mismo.

El psicoanálisis ha hecho un aporte muy valioso para entender la construcción del lazo social desde el amor y el odio, tanto desde sus hallazgos en el ejercicio de la clínica como en las reflexiones teóricas sobre la cultura y los procesos colectivos. Desde los desarrollos de Freud en distintas obras como “El malestar en la cultura”, “Psicología de las masas y análisis del yo”, “Totem y tabú”, “¿Por qué la guerra?”, “Moisés y la religión monoteísta”, entre muchos otros, pasando por los aportes de Jung, Melanie Klein, Erich Fromm, Winnicott, Reich, hasta las reflexiones de Lacan en los *Escritos* y seminarios. Lo anterior brinda una ruta para situar el problema del amor y el odio en la construcción del lazo social y las relaciones dentro de la cultura, atravesado además permanentemente por una reflexión sobre la ética. Teniendo en cuenta esa reflexión, la comprensión de la sociedad contemporánea implica comprender el fascismo como forma de construcción del lazo social y sus implicaciones en la subjetividad. Con este fin, el recorrido que se propone es, en primer lugar, identificar sus características, su lógica discursiva, diferenciándolo de otros procesos sociopolíticos, el contexto histórico en el que se ha desarrollado y su participación en la construcción de la sociedad contemporánea. A continuación, se propone su comprensión desde los desarrollos del psicoanálisis incluyendo el lugar de la ética como resistencia a ese lazo social, para finalmente plantear desde allí cuál es la propuesta del psicoanálisis frente a la sociedad contemporánea y posibles salidas frente al lazo social que propone el mundo contemporáneo.

¿QUÉ ES EL FASCISMO?: CONTEXTO HISTÓRICO DE SU EMERGENCIA Y DESARROLLO

El fascismo se identifica como un movimiento histórico que se basa en la identificación directa del individuo con el Estado y en la crítica contra la democracia y el liberalismo. Este movimiento emerge como respuesta totalitaria a la crisis de las instituciones políticas y económicas, la pérdida de legitimidad de los valores de la modernidad y la desconfianza ante las formas tradicionales de asociación en las relaciones económicas y políticas. De acuerdo con Bobbio¹, el fascismo expresa e instrumentaliza las contradicciones de la democracia liberal y es un producto de estas contradicciones. Así, en un primer momento, este se puede identificar en cuatro tipos: fascismo reaccionario, fascismo revolucionario, fascismo espiritual y fascismo económico.

El fascismo reaccionario se puede llamar también fascismo de derecha o conservador, por los sectores sociales que articula: oligarquías, clero, ejército, terratenientes

1. Norberto Bobbio, *Ensayos sobre el fascismo* (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2006).

y sectores de la clase media y media baja. Surge como respuesta ante la movilización de sectores sociales revolucionarios en la lucha por conquistar nuevos derechos, lo cual es percibido como anarquía y amenaza de perder los privilegios que se han heredado, en el caso de las oligarquías y élites, o que se pueden conquistar, en el caso de las clases medias y media baja. En ese caso, los sectores sociales articulados en esta forma de fascismo convienen en entregar sus libertades y derechos al Estado quien a cambio cumplirá la misión de preservar el orden social dado, protegiendo sus intereses, a través de prácticas violentas y autoritarias.

El fascismo revolucionario, por otra parte, surge de la inconformidad e indignación de los sectores sociales afectados por la inequidad y falta de justicia social: clases medias y media baja desempleados o marginados de la seguridad social o la educación, o burguesía en proceso de empobrecimiento, que buscan una respuesta desesperada por parte de un líder o actor social que tome el control del Estado y corrija de manera unilateral la inequidad social imponiendo un nuevo orden social.

El fascismo espiritual es heredero de las filosofías vitalistas de los siglos XVIII, XIX y XX (Hegel, Nietzsche, Schopenhauer, Heidegger, Sorel, Bakunin); se basa en la crítica al liberalismo, al positivismo y al proyecto de la Ilustración, contraponiéndole el sensualismo, la voluntad de poder y la crítica a la razón como valores fundantes de una nueva humanidad con un destino mesiánico. Esta ideología es abrazada principalmente por sectores intelectuales, representantes de la ciencia, la filosofía y las artes, y está acompañada por la sustitución del Estado de Derecho por una comunidad imaginaria con un fuerte sentimiento nacionalista.

Finalmente, el fascismo económico es la forma como en la práctica se han articulado las tres formas de fascismo en un proyecto nacional que medie las contradicciones sociales internas entre los sectores, garantizando el privilegio de las oligarquías, la seguridad social de las clases medias y bajas y el sentimiento de trascendencia mesiánica de la nación y su voluntad de poder, convirtiéndose también en un fascismo imperialista. Mantener este orden sociopolítico y económico estable se ha logrado mediante la sustitución del Estado de Derecho por el Estado Corporativo, es decir, donde no gobiernan las ramas del poder público con participación de la ciudadanía, sino las corporaciones o empresas privadas cuyos intereses se sintonizan para servir al interés superior del Estado a cambio de que este les mantenga sus privilegios económicos y políticos, generándose una instrumentalización mutua. A cambio, el Estado anula el conflicto social para que no se altere el orden social dado a través de dos medios: garantizando los derechos básicos y la seguridad social para el conjunto de la población y eliminando los derechos políticos mediante distintas estrategias incluyendo los medios violentos, anulando igualmente a la ciudadanía y subordinándola

a sus intereses superiores. El costo de esta organización sociopolítica es el totalitarismo como forma de gobierno donde se identifica el individuo con el Estado, se niegan los derechos humanos o se subordinan al interés del Estado y no hay posibilidad de la expresión de la diferencia en ningún ámbito.

El fascismo es una construcción histórica original de los países europeos marginados y oprimidos en el sistema mundial que responde con violencia ante esa marginación y opresión, articula diversas necesidades de las clases sociales, conjuga ideologías contradictorias, sentimientos ambivalentes, las capacidades creativas y destructivas de los pueblos, y los resuelve en una realidad social que proyecta como utopía. A diferencia del liberalismo y el socialismo, no está basada en supuestos filosóficos y en la reflexión sobre principios universales, sino que es una experiencia práctica de construcción social de la realidad comandada por la acción y es la vivencia e interpretación de esta experiencia la que *a posteriori* ha dado luz a sus doctrinas.

De esta manera lo sintetiza Bobbio:

El fascismo es una doctrina original, es una creación del genio latino que hace del equilibrio superior entre concepciones extremas constreñidas a chocar una contra otra el ideal supremo de una nación o estirpe destinada a retomar luego de dos mil años su misión histórica. Junto al Estado ético de los conservadores y al Estado imperio de los extremistas, aparece poco a poco y finalmente adquiere la primacía el Estado corporativo: las corporaciones son de hecho los órganos destinados a conciliar los intereses opuestos, a obtener la colaboración de las clases opuestas en nombre del interés superior de la nación. El Estado corporativo elimina la anarquía del Estado liberal, sin caer en el despotismo del Estado comunista. Ni dictadura de la burguesía, ni dictadura del proletariado, sino, para decirlo de algún modo, dictadura de aquel ente superior a las clases opuestas que es la nación. El Estado corporativo es también, por lo tanto, Estado nacional.²

Como doctrina, el fascismo integra una concepción religiosa, una posición política y una propuesta económica en un proyecto de nación. Los precursores de estas doctrinas (Mussolini, Gentile, Hitler) reconocen que no constituye una filosofía ni un sistema abstracto, sino una experiencia histórica en la cual se integran el pensamiento y la acción, la razón y la emoción, el individuo y el Estado. Así, Benito Mussolini afirma:

El hombre del fascismo es el individuo que es nación y patria, ley moral que une a los individuos y a las generaciones en una tradición y en una misión, que suprime el instinto de la vida encerrada en el reducido límite del placer para instaurar en el deber una vida superior, libre de límites de espacio y de tiempo: una vida en la cual

2. *Ibíd.*, 76.

el individuo, en virtud de su abnegación, del sacrificio de sus intereses particulares, y aún de su misma muerte, realiza aquella existencia, totalmente espiritual, en la que consiste su valor de hombre.³

Esta fusión entre individuo y Estado es la que resuelve las diferencias y conflictos entre clases sociales, entre géneros, entre condiciones sociales, en función de un ideal que trasciende todas las diferencias: la nación y su destino mesiánico. En ese contexto el Estado se convierte en un instrumento para imponer un orden social construido sobre ideologías redentoras que aseguren el poder de una comunidad cohesionada alrededor de criterios como la religión, la cultura nacional o la raza. Esta sería la función del Estado para el fascismo:

El Estado es un medio para un fin. Su finalidad consiste en la conservación y en el progreso de una colectividad bajo el punto de vista físico y espiritual. Esta conservación abarca en primer lugar todo lo que se refiere a la defensa de la raza, permitiendo, por ese medio, la expansión de todas las fuerzas latentes de la misma. A través de la utilización de esas fuerzas, debe promover la defensa de la vida física y, por otro lado, el desarrollo intelectual. En realidad, los dos están siempre en función uno del otro. Estados que no tiendan a ese objetivo son creaciones artificiales, simples inutilidades. El hecho de existir un Estado semejante no altera en nada esa verdad, de la misma manera que una asociación de piratas no justifica el saqueo.⁴

A partir de 1914, Europa se precipitó en el hundimiento de la democracia representativa, lo cual se evidenciaba en el desprestigio de los partidos que eran sustituidos por movimientos de masas de derecha que atacaban la actividad parlamentaria, provocando una oleada de cierres de las asambleas legislativas entre 1918 y 1944 y la sustitución de gobiernos constitucionales por dictaduras en veintitrés países en el mismo periodo⁵. La crítica y el ataque a la democracia parlamentaria se debía a la percepción de que esta había sido capturada por la izquierda, en su línea socialdemócrata, y ese avance se materializaba en conquistas sociales progresivas para la clase trabajadora que reclamaba mayor participación, amenazando los privilegios de las élites. Las sociedades de clases que se habían instaurado en distintos países no eran ya una respuesta a las necesidades ni de las élites que debían negociar sus privilegios con las otras clases sociales, ni para la masa de personas que no estaba integrada en los sindicatos ni en otras asociaciones colectivas. Ni los partidos, ni los sindicatos, ni las asambleas legislativas podían resolver las demandas de justicia social provenientes de las masas desclasadas en las que cada quien peleaba por sus intereses individuales. Para Hannah

3. Benito Mussolini, *La doctrina del fascismo* (Editorial Kameranad), 1. Disponible en: <https://editorialkameranad.files.wordpress.com/2014/08/la-doctrina-del-fascismo1.pdf> (consultado el 04/05/2018).

4. Adolf Hitler, *Mi lucha* (Santiago de Chile: Editorial Jusego, 2003), 232.

5. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX* (Buenos Aires: Crítica, 1998), 118-119.

Arendt este es el momento decisivo para el ascenso del fascismo: la transformación de las sociedades de clase reguladas por el Estado de Derecho en sociedades de masas.

Las sociedades de masas son un fenómeno sociopolítico que llamó la atención de las ciencias sociales hasta principios del siglo XX; una masa es un movimiento que aglutina muchos individuos en el cual, sin embargo, no hay un sentido interno de colectividad, ni por objetivos e intereses compartidos, ni por solidaridades entre los miembros ni lazos de pertenencia; la condición de la masa es permanecer al mismo tiempo compacta y atomizada, es decir, donde dentro de la colectividad cada quien satisface una necesidad emocional individual. Para Hannah Arendt, el telón de fondo de las sociedades de masas de principios del siglo XX es la crisis del mundo moral y espiritual burgués. La crítica a los grandes valores de la modernidad (la democracia, la libertad, la razón, la igualdad, etc.) y las instituciones que los representaban junto con la disolución de las estructuras comunitarias de pertenencia, la ineficacia del sistema económico y político para garantizar bienestar a las grandes masas de trabajadores y evitar la profundización de las injusticias sociales, así como el cinismo con que las élites se conducían frente al pueblo, con desprecio, generó un sentimiento generalizado de abandono e impotencia, una sensación de no futuro que incubó en la idea de que solo una revolución violenta podría devolver sentido a la vida:

Esta generación recordó la guerra como el gran prelude de la ruptura de las clases y de su transformación en masas. La guerra, con su arbitrariedad constante y homicida, se convirtió en símbolo de la muerte, la “gran igualadora”, y por eso, en el verdadero padre de un nuevo orden mundial. La pasión por la igualdad y la justicia, el anhelo por superar las estrechas líneas de clase, carentes de significado, por abandonar privilegios y prejuicios estúpidos, parecieron hallar en la guerra un escape de las antiguas actitudes condescendientes de piedad por los oprimidos y los desheredados. En tiempos de miseria y de desamparo individual parece tan difícil resistirse a la piedad cuando se transforma en una pasión que lo devora todo como no sentir su misma infinitud, que parece matar la dignidad humana con una certeza más mortal que la misma miseria.⁶

La coordinación e integración de las masas dispersas y desesperadas en un movimiento político disciplinado que capture el Estado y mantenga un poder absoluto sobre la sociedad civil implica desarrollar una ingeniería social muy detallada que convierta la masa en una maquinaria eficaz. El fascismo desarrolló esa maquinaria articulando distintas prácticas de poder, de disciplina, control y adoctrinamiento, con los que logró que fuera la ciudadanía movilizada el sostén de su aparato político y económico. El objetivo del fascismo va más allá del control del poder político y económico de una nación y de la represión a la población; no propone controlar



6. Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo* (Madrid: Taurus, 1998).

y reprimir al individuo desde afuera sino desde adentro, desde la voluntad y desde el alma. Así lo justificaba Mussolini:

El Estado fascista, siendo la forma más elevada y poderosa de la personalidad, es fuerza, pero en sentido espiritual. Esta fuerza resume todas las formas de la vida moral e intelectual del hombre. Por lo tanto, no se la puede limitar a simples funciones de orden y de tutela, como pretendía el liberalismo. No es un simple mecanismo que limite la esfera de las presuntas libertades individuales. Es forma y norma interior, y disciplina de toda la persona; penetra la voluntad como la inteligencia. Su principio, inspiración central de la personalidad humana que vive en la comunidad civil, desciende hasta lo hondo y se anida en el corazón del hombre de acción como en el del pensador, en el del artista lo mismo que en el del sabio: alma del alma.⁷

Igualmente, para Hitler la cuestión no era mantener el poder por medio de la coacción externa y el control militar sino en cómo hacer que la propia población voluntariamente se identificara directamente con el Estado y con él como líder de ese movimiento y renunciara automáticamente a sus libertades sometiéndose ante el régimen. El control de las masas es el control de los individuos dentro de las masas y al entender esto los regímenes fascistas desarrollaron un conjunto de tecnologías sociales que incluían la educación, la propaganda, el terrorismo, los servicios de inteligencia, la guerra psicológica y la manipulación de las pulsiones. Todo esto les permitió controlar, no solo los aspectos externos de la vida nacional, sino también los aspectos internos de cada individuo, no solo controló lo público sino también y principalmente la intimidad de las personas y su subjetividad. Cada persona se convertía en policía del otro y de sí mismo, cada uno se convirtió en instrumento del régimen para la opresión, y eso era posible porque previamente se habían derribado las barreras que separaban el espacio personal de la vida pública y que en los estados liberales garantizaban un espacio de libertad para el individuo frente al Estado. Igualmente, las comunidades de pertenencia que proporcionaban las identificaciones plurales que construyen la identidad en las democracias, las organizaciones colectivas que construían su acción desde la identificación de los intereses de grupo venían disolviéndose natural y progresivamente desde antes del fascismo. El individuo aislado, “desenraizado social y espiritualmente” como lo llama Hannah Arendt, la masa amorfa de individuos aislados y en competencia por sobrevivir era el terreno propicio para que se instalara el fascismo y el totalitarismo. Los regímenes fascistas solamente tuvieron que poner en acción unas tecnologías sociales muy precisas para profundizar el proceso que ya estaba teniendo la sociedad e instrumentalizarlo a su favor para convertir al individuo aislado en hombre-masa.

7. Mussolini, *La doctrina del fascismo*, 4.

La fuerza principal del fascismo es el individuo como objeto de explotación; por eso, a diferencia del socialismo y el comunismo que privilegian el colectivismo sobre el individuo, el secreto del fascismo está en explotar al individuo, exaltarlo, aprovechar todas sus energías para mover la maquinaria, enaltecer la idea de la raza superior y “toda su educación y desarrollo tienen que apuntar a convencerlo de que es absolutamente superior a los demás”⁸. Lo central en las prácticas cotidianas es producir al individuo aislado, disolver toda asociación incluida la familia, no permitir la comunicación en los puestos de trabajo, el sistema debe promover la competencia en todo momento, generar la desconfianza hacia los otros; de esta manera, fuera de cualquier comunidad los vuelven manipulables. El individuo se disuelve en la masa, se convierte en un funcionario del Estado, de una máquina burocrática monstruosa que consume todo su tiempo y energías. Incluso su vida familiar, su ocio y sexualidad, espacios que en las democracias liberales tradicionalmente marcaban el límite entre la vida privada y la vida pública, son integrados al Estado y puestos en función del régimen.

Estas técnicas de control del cuerpo eran complementadas con el adoctrinamiento, la propaganda y la guerra psicológica como técnicas de control mental. Los regímenes fascistas fueron los primeros que descubrieron el potencial de la propaganda, las industrias culturales y los medios de masas para controlar a la población y los explotaron de una manera sistemática y eficiente. Hannah Arendt⁹ y Walter Benjamin¹⁰ lo estudiaron a profundidad; Benjamín observó el fenómeno de la “estetización de la política” en la propaganda nazi¹¹, el uso del arte y los medios de comunicación para construir realidades mediáticas donde se exaltaban las cualidades del régimen y de su líder a través de una narrativa coherente, emocional y mística. Toda la simbología nazi es una puesta en escena gigante de la fuerza de la voluntad y la omnipotencia de la raza aria, a través de la cual se politizan las imágenes que se comunican directamente con las emociones de las masas y las movilizan. Tanto Hitler como Mussolini fueron unos actores expertos en la comunicación de las emociones y en el uso de esas estrategias para conectarse con las masas a través de los discursos y las imágenes.

Por otra parte, Hannah Arendt estudió el uso de la propaganda en el régimen nazi y en el régimen comunista de Stalin, encontrando similitudes en el carácter totalitario de ambos regímenes: la organización de la vida social como una gran maquinaria en función del régimen, el uso del terror como estrategia sistemática de gobierno, la construcción de la imagen del otro como un poderoso enemigo a través del cual infundir miedo a las masas, la teoría del enemigo interno que autorizaba a infiltrar todos los espacios cotidianos con poderosas redes de inteligencia y convertir a cada miembro de la población en un potencial informante o espía. Otra característica de los regímenes fascistas es la manipulación de la verdad histórica a través de los medios de

8. Hitler, *Mi lucha*, citado por Herbert Marcuse, *Guerra, tecnología y fascismo* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia y Fundación Editora Unesp, 2001), 111.
9. Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*.
10. Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* (México: Editorial Itaca, 2003).
11. El ejemplo clásico de este uso de la propaganda es el film *El triunfo de la voluntad*, una obra cinematográfica central para la propaganda nazi.

comunicación: el gobierno diseña poderosas narrativas que heroizan a sus soldados y dirigentes mientras satanizan al enemigo, distorsionan los relatos de hechos heroicos y exaltan personajes y símbolos o falsean su verdad para construir una narrativa de identidad nacional atravesada por la mística, la fe y el sacrificio; el mensaje del peligro del enemigo externo y del enemigo interno es repetido a través de todos los canales de comunicación, una y otra vez, hasta que la gente termina por creer que esa es la única verdad; por más disparatada que sea se inculca a través de la violencia de los discursos y las imágenes; la gente recuerda lo que el gobierno le ha construido como recuerdos y olvida o ignora lo que el gobierno decide que se necesita olvidar.

Todo lo anterior hace de los regímenes fascistas poderosas maquinarias de guerra, sistemas totalitarios que controlan cada aspecto de las vidas de las personas, controlándolos desde afuera y desde adentro. Ahora es necesario ir un poco más allá para entender por qué la gente no está dentro de ese sistema contra su voluntad ni engañados por un dictador trastornado y perverso como se ha hecho ver en los relatos posteriores a la caída de estos regímenes, sino que tienen plena conciencia de lo que sucede. Aunque ignoren alguna información, hay algo que tiene raíces en su vida anímica que conecta con los movimientos fascistas y que al ser explotado genera regímenes de terror de los que no son víctimas sino protagonistas.

PSICOLOGÍA DE LAS MASAS Y FASCISMO

De odio y de amor, y más de odio
que de amor están hechos los pueblos.

JOSÉ MARTÍ

Jamás ha sido tan imprevisible nuestro futuro, jamás hemos dependido tanto de las fuerzas políticas, fuerzas que parecen pura insania y en las que no puede confiarse si se atiende uno al sentido común y al propio interés. Es como si la Humanidad se hubiera dividido a sí misma entre quienes creen en la omnipotencia humana (los que piensan que todo es posible si uno sabe organizar las masas para lograr ese fin) y entre aquellos para los que la impotencia ha sido la experiencia más importante de sus vidas.

HANNAH ARENDT

Una mirada psicoanalítica del fascismo invita a comprender el lazo social que se construye en la constitución de los movimientos de masa, atendiendo a las necesidades psíquicas de quienes participan de estos procesos y a la forma como la estructura del

orden fascista responde a la constitución psíquica de quienes eligen hacer parte de esta estructura. Este acercamiento implica trascender la lectura económica, política o sociológica sobre este orden social y detener la mirada en la particularidad del lazo social que se establece adentro, y cómo ese lazo social responde a lo que el sujeto moviliza de sí mismo: en términos generales, la participación de sus pasiones o sentimientos, y, en términos particulares, la puesta en juego de su deseo y su goce en la masa. Una primera advertencia para la comprensión del fenómeno la plantea Wilhem Reich cuando afirma:

Los enemigos del fascismo, demócratas liberales, socialistas, comunistas, economistas marxistas y no marxistas, etc., buscaban la solución del problema ya fuera en la personalidad de Hitler o en los errores políticos de los diversos partidos democráticos alemanes. Tanto lo uno como lo otro significaba reducir la plaga psíquica a la miopía del individuo humano o a la brutalidad de un solo hombre. En realidad, Hitler no era más que la expresión de un conflicto trágico en las masas, el conflicto entre el anhelo de libertad y el miedo real a la libertad. El fascismo alemán decía de muchísimas maneras que estaba operando no con el pensamiento y el conocimiento del pueblo, sino con sus reacciones emocionales infantiles. Lo que lo llevó al poder y le aseguró luego la estabilidad no fueron ni el programa político ni ninguna de sus innumerables y confusas promesas económicas: fue, esencialmente, su llamado a oscuros sentimientos místicos, a un anhelo indefinido, nebuloso, pero sin embargo extremadamente potente. No comprender eso, significa no comprender el fascismo, que es un fenómeno internacional.¹²

¿En qué consisten esos sentimientos místicos, esas fuerzas oscuras y potentes que conjuga el fascismo y que son las mismas que constituyen el lazo social y la subjetividad? Una primera respuesta, y quizá muy obvia, es que son las del amor y el odio. Una aproximación más cercana a estos dos sentimientos nos hace plantear el problema de otra manera: las fuerzas que conjuga el fascismo son las de creación y destrucción, *Eros* y *Tánatos*, o “pulsiones de vida” y “pulsión de muerte”, como las nombró Freud en “El malestar en la cultura”¹³.

El amor y el odio son dos caras de la relación de ambivalencia que establecemos con el otro al estar esta relación atravesada por las pulsiones de vida y la pulsión de muerte. Freud desarrolló la reflexión sobre cómo en la relación con la cultura el individuo debe renunciar a la satisfacción directa de esas pulsiones a cambio de poder convivir con los otros; esta relación implica aceptar una serie de prohibiciones, comenzando por la prohibición del incesto, lo cual implica la represión o transformación de las pulsiones en beneficio de la convivencia dentro de la cultura. En ese proceso se construyen dos instancias que relacionan al sujeto con la ley de dos maneras: la ley



12. Wilhem Reich, *La función del orgasmo*, 229. Disponible en: <http://menteclara.org/libros/LaFuncionDelOrgasmo.pdf> (consultado el 01/05/2018).

13. Sigmund Freud, “El malestar en la cultura” (1930 [1929]), en *Obras completas*, vol. XXI (Buenos Aires: Amorrortu, 2003).

como aquello que es deseable alcanzar y, al mismo tiempo, como aquello que incita a su transgresión. Tales instancias son respectivamente el *Ideal del Yo* y el *Superyó*; el *Ideal del Yo* lo constituyen aquellas identificaciones, indicaciones, modelos y reglas a las que el sujeto aspira para realizarse en sociedad, las cuales le vienen dadas todas desde afuera, desde su cultura y de cuya interiorización resulta la conciencia moral. Por otra parte, el superyó se instala en la tensión que surge entre el *Ello* y el *Yo* al intentar alcanzar el ideal del yo. De acuerdo con Freud, esta instancia psíquica es heredera del *Ello* y del Complejo de Edipo, por lo tanto, enlaza la pulsión a la ley, es interdicto del goce y a la vez empuja a su satisfacción.

En esa tensión entre el *Yo* y el *Ideal del Yo* se genera la angustia, como el malestar que surge en el sujeto al enfrentar la imposibilidad de responder totalmente a la demanda del *Otro*; la culpa es la forma como se devuelve al *Yo*, de manera invertida desde el *Superyó*, la hostilidad que este dirige al *otro* inicialmente. De acuerdo con Freud, en esa relación se instaura en el sujeto un “masoquismo moral”¹⁴, el cual es la orientación de la pulsión de muerte desde el exterior hacia el *Yo* y su introyección actuando en contra de este. La violencia con la que esta instancia arremete contra el *Yo* en forma de sentimiento de culpa y necesidad de autocastigo es más grande cuanto mayores son las renunciaciones pulsionales que ha logrado la cultura del sujeto. Así, el sadismo del *Superyó* y el masoquismo del sujeto hacen pareja.

Volviendo a la psicología de las masas, situemos ahora cada una de estas instancias (*Yo*, *Ideal del Yo*, *Superyó*) en los fenómenos y organizaciones colectivas, para entender a continuación cuál es la particularidad que instala el fascismo en el lazo social. De acuerdo con Freud¹⁵, una masa está constituida por un conjunto de personas que establecen relaciones de identificación entre sí y relaciones afectivas, al tiempo que establecen todos una identificación vertical con un líder, el cual es ubicado en el lugar del *Ideal del Yo* para todos los miembros de la masa. Dos ejemplos de masa son la Iglesia y el ejército, en los cuales hay una organización vertical en función de un líder y unas relaciones horizontales de identificación y hermandad entre todos los miembros de la base. En una masa hay una clara diferenciación entre el *Yo* y el *Ideal del Yo*; los miembros de la base se identifican entre sí en lazos de filiación y hermandad, pero no osan identificarse directamente con quien está en su *Ideal del Yo*, quien está en el lugar del ideal a seguir, pero claramente hay una distancia entre ellos y esta figura. Estas estructuras son coherentes con la organización de la cultura, en las cuales cada individuo conserva su lugar en función del acatamiento de un orden jerárquico, unas reglas que regulan la distancia entre el *Yo* y el *Ideal del Yo* y la satisfacción de las pulsiones.

En otro tipo de fenómenos de masas como en el fascismo se explota la idea de la omnipotencia del individuo. Freud describe cómo la masa permite que se borre la

14. Sigmund Freud, “El problema económico del masoquismo” (1924), en *Obras completas*, vol. XIX (Buenos Aires: Amorrortu, 2003).

15. Sigmund Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921), en *Obras completas*, vol. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 2003).

distancia entre el Yo y el Ideal del Yo, se rompen los límites y se relajan los tabúes y el individuo se identifica con el lugar de goce. Desde ese lugar todo está permitido, todo tipo de exceso, siempre y cuando responda al goce del líder, quien está en el lugar del padre de la horda¹⁶. El fascismo explota la omnipotencia del individuo dentro de la idea del “hombre superior”; eso que el discurso promete se hace realidad al legitimar la violencia contra quienes son diferentes: el judío, el negro la mujer, el homosexual, el niño, etc... Tanto discursivamente como en las prácticas se legitima el abuso contra quienes son señalados como inferiores, se naturaliza la idea de que hay unas personas que mandan y tienen el poder sobre otros; así, el fascismo vive de la reproducción indefinida de la experiencia de la omnipotencia para unos y la impotencia para otros.

En realidad, no era necesario que un líder subiera para instalar esta lógica de operación del discurso y del goce en las sociedades donde se ha impuesto el fascismo. Wilhem Reich y Erich Fromm analizan cómo en la modernidad se instituyeron unas estructuras que favorecieron la emergencia de este movimiento. Para Reich¹⁷ la semilla del fascismo es la familia moderna de clase media, donde se han favorecido ciertas formas de relación con unos lugares muy definidos: el padre, que es al tiempo autoritario hacia dentro de su familia y sumiso ante la autoridad; la madre sumisa y los hijos que no pueden expresarse libremente en la familia por temor al padre, al tiempo que fuera de ella reproducen en sus relaciones la violencia que reciben en su casa, siendo obligados a un comportamiento hipócrita que oscila entre la sumisión y la violencia, configurando así relaciones sadomasoquistas que reproducen en sus relaciones cotidianas. Igualmente, Erich Fromm¹⁸ analiza, en la construcción del sujeto moderno, el momento de la historia en el que este se ha liberado de las autoridades externas que le indicaban qué debía hacer, pero no ha desarrollado aún un sentido de autonomía para ejercer su propia libertad y soberanía. El orden social que construye la modernidad sobre la omnipotencia de la razón es al mismo tiempo el de la impotencia del sujeto, quien progresivamente ha renunciado a todo lo que le daba certezas de la vida colectiva y ha entrado en el anonimato.

La libertad que se experimenta en la experiencia de la impotencia asusta, se hace insoportable; lo insoportable, de acuerdo con Erich Fromm es la vivencia de la impotencia del Yo ante la experiencia alienante de la modernidad, la separación entre el Yo y el mundo; en términos de Freud, podemos entender que se trata de la angustia que surge al confrontar la distancia entre el Yo y el Ideal del Yo. Ante eso, el sujeto busca escapar, saltar esa distancia insoportable para superar el sentimiento de angustia, respecto de lo cual hay algunas posibles salidas. La primera es el autoritarismo: un sentimiento compulsivo del Yo a fundirse con el Ideal del Yo y quien lo representa, a través de una relación de dominación y sumisión, una relación sadomasoquista que

16. En “Tótem y tabú” Freud desarrolla el mito del Padre de la Horda, quien es el único que ostenta el poder para gozar ilimitadamente. Ese padre también es identificado como un padre perverso pues la ley no cumple ninguna función, ya que él es la ley. Ver: Sigmund Freud, “Tótem y tabú” (1913), en *Obras completas*, vol. XIII (Buenos Aires: Amorrortu, 2003).

17. Reich, *La función del orgasmo*, 229.

18. Erich Fromm, *El miedo a la libertad* (Buenos Aires: Paidós, 2002).

se proyecta en los otros. La segunda forma de superar la angustia es la destructividad, que es la compulsión de eliminar aquello en el mundo que representa la diferencia y el límite al goce. La tercera salida es la conformidad automática, que consiste en la identificación pasiva con el Ideal del Yo.

Tanto Erich Fromm como Wilhem Reich plantean un valioso aporte para la comprensión del fascismo: este no es un momento excepcional en la historia humana sino la consecuencia lógica de una construcción particular de la sociedad que se viene instituyendo a través de la modernidad, una forma de subjetivación que no se interrumpe sino que se profundiza en las sociedades fascistas. Podemos notar también que las sociedades fascistas son la continuidad de un proceso de alienación del sujeto en la modernidad y, a través de ellas, vemos emerger algunos discursos, prácticas y relaciones que son el prelude de las sociedades contemporáneas donde el proceso de alienación, aislamiento y los sentimientos de omnipotencia e impotencia se profundizan cada vez más. Es preciso comprender ahora de qué manera este funcionamiento se profundiza y generaliza en las condiciones subjetivas de la contemporaneidad y cuál es ese lugar de resistencia a la *fascistización* de la sociedad, que Erich Fromm y Wilhem Reich entenderían desde un particular ejercicio de la libertad y que, desde Freud y Lacan, podríamos situar como un ejercicio de la ética.

LA ÉTICA COMO RESISTENCIA

El mundo contemporáneo puede ser entendido como la profundización del proceso de desindividualización, que comenzó en el siglo XX, y su correlato es la anomia como condición de subjetivación en esta época. Podemos atestiguar que con esos procesos ocurre también la aceleración del proceso de totalitarismo en la sociedad actual, junto con el retorno de formas de relación promovidas por el discurso y la práctica de las sociedades fascistas. Las corporaciones como forma de gobierno son una de las condiciones socioeconómicas que impulsaron las sociedades que adoptaron el régimen fascista, lo cual entra en contradicción con las principales ideas de la modernidad, aunque adopta otras y las inserta en nuevas lógicas. Ese proceso está mediado por la transición de una racionalidad individualista a una racionalidad tecnológica que deviene en tecnocracia. De este modo explica Marcuse:

La racionalidad individualista nació como una actitud crítica y de oposición que derivaba libertad de acción de la libertad de pensamiento y de conciencia sin restricciones y medía todos los cánones sociales y sus relaciones por el interés racional propio del individuo. Devino luego en racionalidad de competencia, en la que el interés racional

fue reemplazado por el interés del mercado, y el logro individual absorbido por la eficiencia. Terminó con una sumisión homogeneizada al aparato que todo lo abarca que ella misma había creado. Este aparato es la encarnación y lugar de descanso de la racionalidad individualista, pero esta requiere ahora que se acabe la individualidad. Es racional quien de manera más eficiente acepta y ejecuta lo que se le asigna, quien confía su destino a las empresas y organizaciones de gran escala que administran el aparato.¹⁹

Tal racionalidad está en la base de lo que algunos filósofos han llamado “sociedad de control”²⁰ o “sociedad de la eficiencia”²¹, para describir la sociedad contemporánea: una sociedad basada en sistemas descentralizados de control y productividad que inserta la subjetividad en lógicas mercantilistas de oferta-demanda, costo-beneficio, valor-producto, tasa de retorno, entre otros, y convierte al ser humano en una mercancía más que circula y cuyo valor es explotado en función del mercado. Byung-Chul Han y Zygmunt Bauman²² analizan algunas de las implicaciones subjetivas de la circulación del ser humano dentro de estas lógicas: la resignificación de las relaciones afectivas dentro del discurso del capitalismo reduciendo la dignidad a mera mercancía y el vínculo con los otros a un acto de consumo, lo cual afecta la permanencia de los vínculos y generaliza un sentimiento de soledad; el sentimiento de impotencia ante la sobredimensión y precisión del sistema, el cual lo instala en un circuito de demandas que lo sobrepasa y ante el cual el estrés y la depresión son respuestas del sujeto desde la angustia ante las demandas del Otro.

Para avanzar un poco más sobre cómo las sociedades fascistas ponen en juego un goce similar al que se promueve hoy desde el mercado y generan efectos similares, es preciso entender cómo circula el goce en la vida de grupo y cuál es la singularidad que instituye el fascismo en la relación con ese goce. De acuerdo con Pommier²³, el grupo existe gracias a que hay un lugar en la vida social en el que se puede ubicar el goce, que funciona como interdicción y como garantía del mismo, de manera igualitaria para todos; este es el lugar del líder, quien ocupa el lugar de representante de la Ley y de garante del Nombre del Padre. Gracias a la existencia de este lugar que alguien ocupa, el lugar vacío del padre muerto, el goce es posible para todos y a la vez para ninguno y corresponde a cada quien arreglárselas con el goce desde su fantasma particular y con el Nombre del Padre. Sin embargo, cuando en la vida de grupo se generaliza una posición subjetiva particular, en la cual se reniega el Nombre del Padre y con él la castración, haciendo posible el escape a la interdicción y garantizando un plus de goce para todos, el grupo queda al arbitrio de la pulsión de muerte.

Más arriba habíamos señalado cómo el fascismo borra la distancia entre el Yo Ideal y el Ideal del Yo y, a través de esta operación, pretende borrar la angustia que



19. Marcuse, *Guerra, tecnología y fascismo*, 78.

20. Gilles Deleuzes, "Postscriptum sobre las sociedades de control", en *Conversaciones* (Valencia: Pre-textos, 1999).

21. Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio* (Barcelona: Herder, 2012).

22. Zygmunt Bauman, *Amor líquido* (Madrid: Espaebook, 2003).

23. Gerard Pommier, *Freud ¿apolítico?* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1987).

es la semilla de la conciencia moral dejando al sujeto al arbitrio del superyó; esto lo promovieron los regímenes fascistas mediante la realización del “hombre superior”. La operación mediante la cual se hace posible el goce en la vida de grupo implica la invención del “chivo emisario” o expiatorio, es decir, la identificación de un miembro de la sociedad cuyo sacrificio sería necesario para mantener la cohesión del grupo y negar la castración de ese grupo. Esta función la han cumplido distintos posicionamientos como el antisemitismo, el racismo, el fundamentalismo, el dogmatismo, el regionalismo y el nacionalismo, entre muchos otros; relaciones narcisistas propias de la vida de grupo que eventualmente pueden ser utilizadas para construir una fantasía en la que se realice el goce del grupo y se reniegue de la castración como fundamento de la cultura. Esto ocurre cuando se propaga a través del discurso y de la imagen una fantasía colectiva basada en la identificación de un grupo particular como condición de goce. Al lograr la identificación de una masa de personas con esa fantasía que es posibilidad de goce realizada en el chivo emisario, se introduce al grupo en una lógica destinada al fracaso, pues por definición el goce es imposible y, por lo tanto, se reproduce a través de rituales de odio y sangre que reescenifican en la vida de grupo esa imposibilidad.

Por otra parte, Žižek²⁴ analiza la lógica del totalitarismo identificando su característica central: la centralidad de la forma ideológica como su fundamento. La forma ideológica de un discurso implica que no importa el contenido del discurso, la racionalidad de los argumentos o la coherencia en las imágenes, sino el mandato de sumisión que ejerce sobre el sujeto. Esta característica se encuentra en la forma ideológica tanto de regímenes fascistas como comunistas; la ideología opera como una ceguera voluntaria que impide ver más allá de sí misma. Sin embargo, la forma ideológica no es distinta a una de las caras del discurso sobre la moral de la modernidad y al imperativo categórico de Kant. La modernidad en sí misma lleva la forma ideológica del totalitarismo; de ahí que el fascismo no sea una excepción de la modernidad sino su profundización. Lacan²⁵ analiza esa doble cara del imperativo categórico, que mientras, por una parte, exige que todos los asuntos humanos pasen por el tamiz de la razón, al mismo tiempo exige, por otra parte, que lo único que no puede ser cuestionado es la propia razón; el sujeto se ubica en la posición de quien debe obedecer el mandato de la razón moderna por su forma ideológica, aun cuando en ese ejercicio de la razón encuentre contradicciones. Lo que está en juego en la forma ideológica es el plus de goce que promueve el discurso frente al posicionamiento de quien asume la ética como acto.

Entender la ética como acto, partir de las formulaciones de Lacan²⁶, implica reconocer el trayecto que realiza el sujeto entre el mundo de los bienes y el campo de lo Real que determina su deseo. El mundo de los bienes abarca todo aquello que se

24. Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2003).

25. Jacques Lacan, “Kant con Sade” (1963), en *Escritos 2* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1993).

26. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis* (1959-1960) (Buenos Aires: Paidós, 1986).

puede circular en la función de dones, lo que se puede dar y recibir, y que constituye aquello que para el sujeto son sus diversas identificaciones y el sentido de su vida, lo cual le permite identificar una noción del bien y un ideal de la felicidad; en ese campo opera el Ideal del Yo. Ya hemos visto cómo en la modernidad, al igual que en el fascismo, se traza una transición desde el individuo a la masa a través de un rasgo unario que homogeniza operando desde el lugar del Ideal del Yo e identificando al sujeto sin mediaciones frente a ese ideal. La ética que instaura la modernidad implica el ejercicio de la libertad individual y la autonomía para elegir responsablemente entre distintas opciones e identificaciones dentro del campo de los bienes. El imperativo categórico ha devenido mandato del superyó en la modernidad y el discurso de la época, cuyo antecedente está en el fascismo, hoy sigue siendo producido desde el gobierno de las corporaciones, el mandato del libre mercado y el imperativo de la sociedad de consumo. Hoy nos damos cuenta de que en el fascismo no goza únicamente el líder que ha encarnado la impostura perversa en la masa, sino que es el sistema de la sociedad de control, burocratizado y tecnificado, el que goza, y cada uno de los individuos alienados en ese sistema reproducen la alucinación de un goce imposible.

Sin embargo, en la medida en que se hace patente lo Real que integra el reverso de la ley, como mandato del superyó, el sujeto se ve abocado a plantear su deseo más allá del campo de los bienes; un deseo planteado desde su síntoma, entendido este como el lugar desde donde se goza. Ese síntoma es elección, elección de un destino, de un lugar para el goce, un lugar donde el placer y el sufrimiento coinciden y se repiten como destino en las relaciones con los otros, es también un lugar de compromiso con el Otro, por un goce del que también somos responsables y es esa responsabilidad la que devela el inconsciente. Así, la práctica clínica que constituye el discurso del psicoanálisis nos indica que la cuestión de la ética va más allá del mundo de los bienes y del imperativo kantiano; como lo plantea Lacan:

Hacer las cosas en nombre del bien, y más aún, en nombre del bien del otro, esto es lo que está muy lejos de ponernos al abrigo, no sólo de la culpa, sino de toda suerte de catástrofes interiores. En particular, esto no nos pone ciertamente al abrigo de las neurosis y sus consecuencias. Si el análisis tiene un sentido, el deseo no es más que lo que sostiene el deseo inconsciente, la articulación propia de lo que nos hace arraigarnos en un destino particular, el cual exige con insistencia que la deuda sea pagada y vuelve, retorna, nos remite siempre a cierto surco, al surco de lo que es propiamente nuestro asunto.²⁷

Es en ese trabajo desde el deseo, ubicado en lo simbólico y atravesado por el Real del goce como imposible, donde adviene el sujeto como compromiso a través del

27. *Ibíd.*, 380.

acto en el que se paga la deuda con el Nombre del Padre y se reconoce la imposibilidad del goce; ese trabajo y ese acto es la ética como la propone el discurso psicoanalítico. En la vida de una sociedad también es posible identificar ese lugar del síntoma donde retorna lo reprimido que el discurso fascista pretende negar; en donde la violencia busca reproducir un plus de goce, aquello que se ubica del lado de la barbarie y que se niega desde la conciencia moral identificándolo como excepción en el lazo social; sin embargo, esos son lugares del síntoma social a los que es preciso advenir con responsabilidad para atravesar lo Real con un nuevo acto.

De acuerdo con Žižek²⁸, la política es ese lugar donde es posible el acto ético en lo colectivo; cuando un grupo o sociedad adviene al lugar de su síntoma, que es también el lugar de su verdad, puede mediante un acto cambiar las coordenadas para que haya otra construcción posible de lo simbólico:

Ahora estamos en condiciones de situar el acto ético —o mejor— el acto como tal, con respecto al ámbito del “principio de realidad”: un acto ético no está solo “más allá del principio de realidad” (en el sentido de “navegar contra la corriente”, de insistir en su Causa-Cosa sin ningún miramiento por la realidad); sino que designa, antes bien, una intervención que cambia las propias coordenadas del principio de realidad. El “principio de realidad” freudiano no designa lo Real, sino las restricciones que impone lo que se considera “posible” dentro del espacio social simbólicamente construido, es decir, los requerimientos de la realidad social. Y un acto no es solo un gesto que “hace lo imposible”, sino una intervención en la realidad social que cambia las propias coordenadas de lo que se percibe como “posible”; no está meramente “por encima del bien”, cambia la definición de lo que se tiene por “bien”.²⁹

Como reflexión final, lo anterior nos plantea dos tareas como sujetos singulares y colectivos para enfrentar el orden fascista que se ha sustituido y en el cual fenómenos como el racismo, la xenofobia, el feminicidio, la homofobia son expresiones sintomáticas de un orden que explota la alteridad como plus de goce: situar los goces que constituyen los síntomas de nuestras sociedades y desenmascarar su naturaleza obscena y mortífera, lo cual permite la confrontación de la sociedad con la verdad de su goce y obliga a buscar nuevos posicionamientos. Estos son posibles cuando a través del acto ético construimos nuevas coordenadas para otro orden social posible, desde el reconocimiento de la responsabilidad respecto del deseo, en la preservación de la cultura desde el reconocimiento de la diferencia, el ejercicio de la democracia y cuyo fundamento sea la dignidad.

28. Slavoj Žižek, *¿Quién dijo totalitarismo?: Cinco intervenciones sobre el mal uso de esta noción* (Valencia: Pre-textos, 2002).

29. *Ibíd.*, 193.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENDE, HANNAH. *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus, 1998.
- BAUMAN, ZYGMUNT. *Amor líquido*. Madrid: Espaebook, 2003.
- BENJAMIN, WALTER. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. México: Editorial Itaca, 2003.
- BOBBIO, NORBERTO. *Ensayos sobre el fascismo*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2006.
- DELEUZE, GILLES. "Postscriptum sobre las sociedades de control". En *Conversaciones*. Valencia: Pre-textos, 1999.
- FREUD, SIGMUND. "Tótem y tabú" (1913). En *Obras completas*. Vol. XIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. "Psicología de las masas y análisis del yo" (1921). En *Obras completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. "El problema económico del masoquismo" (1924). En *Obras completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. "El malestar en la cultura" (1930 [1929]). En *Obras completas*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FROMM, ERICH. *El miedo a la Libertad*. Buenos Aires: Paidós, 2002.
- HAN, BYUN-CHUL. *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder, 2012.
- HITLER, ADOLF. *Mi lucha*. Santiago de Chile: Editorial Jusego, 2003.
- HOBBSBAWN, ERIC. *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica, 1998.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis (1959-1960)*. Buenos Aires: Paidós, 1986.
- LACAN, JACQUES. "Kant con Sade" (1963). En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1993.
- MARCUSE, HERBERT. *Guerra, tecnología y fascismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia y Fundación Editora Unesp, 2001.
- MUSSOLINI, BENITO. *La Doctrina del Fascismo*. Editorial Kamerad. Disponible en: <https://editorialkamerad.files.wordpress.com/2014/08/la-doctrina-del-fascismo1.pdf>
- POMMIER, GERARD. *Freud ¿apolítico?* Buenos Aires: Nueva Visión, 1987.
- REICH, WILHEM. *La función del orgasmo*. Disponible en: <http://menteclara.org/libros/LaFuncionDelOrgasmo.pdf>
- ZIZËK, SLAVOJ. *¿Quién dijo totalitarismo?: Cinco intervenciones sobre el mal uso de esta noción*. Valencia: Pre-textos, 2002.
- ZIZËK, SLAVOJ. *El Sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

